



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 9 de agosto de 1987

1. En el actual momento histórico de la Iglesia y en el férvido contexto del apostolado laical asumen un valor particular las agrupaciones de jóvenes.

Precisamente a ellos, a los jóvenes de todo el mundo, el Concilio dirigió su último mensaje invitándoles a luchar contra todo egoísmo, a ser generosos, puros, respetuosos, sinceros. Los llamó a construir un mundo mejor. Les manifestó confianza y amor (cf. Mensaje a los jóvenes, 8 de diciembre de 1965).

De este modo los padres conciliares –yo era uno de ellos– quisieron resumir en una síntesis eficaz el denso patrimonio de doctrina y de directrices pastorales madurado en la gran Asamblea, y lo entregaron con confianza cordial a la energía creativa de las jóvenes generaciones.

2. El florecimiento de asociaciones y de movimientos juveniles que está ante nuestros ojos, indica que esa entrega ha sido acogida generosamente.

Sería largo y también, al menos in parte, superfluo hacer una lista de las pruebas; tan elocuentes son los testimonios de generosidad que ofrecen multitudes de jóvenes dotados de "fuerte personalidad, como requieren las exigencias perentorias de nuestra época" (*Gaudium et spes*, 31), prontos "a asumir su propia función" (*ib.*, 7) aferrados a los ideales de apostolado, comenzando por la actividad seria y responsable entre los mismos coetáneos, en todos los sectores en los que se despliega la actividad juvenil (cf. *Apostolicam actuositatem*, 12). No puedo dejar de citar –dando gracias por ello al Señor– el aumento de las vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida de especial consagración, en primer lugar a la contemplativa, que constituye un fenómeno de los más consoladores y fuente de gran esperanza.

3. También el Sínodo Extraordinario de hace dos años, celebrando el veinte aniversario de la conclusión del Concilio y proponiendo nuevamente sus enseñanzas, se dirigió a los jóvenes "con especial amor y con gran confianza", declaró que "esperaba muchísimo de su entrega generosa" y les exhortó a recibir y "llevar adelante dinámicamente la herencia del Concilio" (*Relatio finalis*, C, 6).

En efecto, queda todavía mucho por hacer, para que se aprovechen todos los recursos apostólicos de los que el mundo juvenil es depositario y éste se ponga en condiciones de expresar toda la vitalidad de que es capaz.

Esa gran fuerza fermentadora e impulsora, que es el apostolado juvenil exige hoy una valoración nueva a la luz de la comunión eclesial y en la perspectiva del "mañana", al aproximarse el tercer milenio cristiano. El Sínodo sobre el laicado será ciertamente "el lugar" más apropiado para reflexiones constructivas e iluminadoras.

La Joven de Nazaret, protectora especial de nuestra juventud, obtenga luz a cuantos trabajan por estos objetivos en preparación del evento sinodal.

Después del Ángelus

Vaya ahora mi más cordial saludo a todos los peregrinos y visitantes de España y de diversos países de América Latina, aquí presentes o reunidos en la Plaza de San Pedro para participar en nuestra plegaria mariana dominical.

Bajo la guía maternal de la Santísima Virgen, aliento a todos a un compromiso cristiano sin reservas, siendo constructores de paz, fraternidad y armonía en vuestras respectivas familias, comunidades y ambientes de trabajo.